

SOBRE «LA CULTURA DE LA SATISFACCION», EN JOHN KENNETH GALBRAITH

1. LA «CULTURA DE LA SATISFACCION»

En su más reciente libro, el economista norteamericano John Kenneth Galbraith, hace un interesante análisis de las sociedades modernas tal y como las conocemos hoy, en Estados Unidos y en los principales países de Occidente.

En opinión de este autor las sociedades avanzadas del mundo occidental, se configuran hoy en día no ya según análisis tradicionales en torno a las clases sociales, ni en función de esquemas políticos partidistas, sino en base a dos grandes grupos: por un lado, la Mayoría Satisfecha, la Mayoría Electoral Satisfecha o, lo que el denomina «Cultura de la Satisfacción» y, por otro lado, la subclase funcional. La posición económica y la actitud ante la participación política de uno y otro grupo social, configuran el funcionamiento real de las democracias formales.

El esquema es bien simple. La Mayoría Satisfecha tiene los medios materiales suficientes y la posición social precisa para considerarse globalmente satisfecha. Esa satisfacción le induce a participar mediante el voto y de otras maneras más directas en el sistema político democrático, incidiendo en éste para que dé fiel respuesta a lo que «la satisfacción» considera defensa de sus intereses. Por el contrario el amplio grupo —del 30 al 40% de las sociedades modernas— de los menos afortunados, no alcanza el nivel de renta preciso para sentirse satisfecho y se abs-

tiene de participar en los procesos formales de participación.

En términos históricos, se produce por tanto un fenómeno nuevo. Los que tienen —en torno al 60% de la población en las sociedades avanzadas— votan para garantizar el mantenimiento de un sistema que defiende sus intereses. Los que no tienen, no votan, porque están convencidos de la ineficacia de su voto en el actual estado de cosas.

2. «CULTURA DE LA SATISFACCION» E IMPUESTOS

Galbraith sitúa el surgimiento de la cultura de la satisfacción en la década de los 60 en los Estados Unidos de América, pero ésta alcanza el poder plenamente en la década de los 80 en ese mismo país con el acceso al poder y el mantenimiento en el mismo durante tres legislaturas continuadas de gobiernos económicamente neoliberales sostenidos por el partido republicano. Este mismo proceso, se ha venido dando, a su juicio, en Gran Bretaña y el resto de los países europeos con características esencialmente idénticas.

Son dos los rasgos definitorios de la cultura de la satisfacción. De una parte, la opinión de que el papel del Estado debe ser limitado y selectivo —veremos más adelante a qué áreas— y en consonancia los impuestos deben ser reducidos, tendiendo a ser mínimos, y de otra parte, el

interés exclusivo por el corto plazo, obviando cualquier repercusión inmediata de un análisis a largo plazo.

Respecto al papel del Estado la mayoría satisfecha plantea sin ambages una doble moral. La intervención del Estado no se cuestiona y se considera eficaz cuando se trata de garantizar el gasto social favorable a los afortunados —pensiones—, el rescate financiero —la garantía de intervención estatal en procesos de quiebra en el sistema financiero— el gasto militar, y los pagos de intereses de la deuda pública, que constituyen en algunos países la parte más sustancial del presupuesto del Estado.

Por el contrario la intervención del Estado se cuestiona con vehemencia y se tacha de ineficaz —el Estado es entonces «una carga»— cuando se trata de dar respuesta al gasto para ayuda social, la intervención pública en el mercado de la vivienda, los servicios médicos para los desfavorecidos, la enseñanza pública y las distintas necesidades de los barrios pobres de las grandes áreas metropolitanas.

En opinión de Galbraith, la obsesión por el corto plazo —congruente con la defensa de sus intereses inmediatos— es una dañina manifestación de la cultura de la satisfacción. Los impuestos los pago hoy y sus beneficios potenciales son futuros y difusos. Además, «¿porqué pagar por personas desconocidas?». Subraya el autor norteamericano que la satisfacción demuestra ejercer en términos históricos una influencia social creciente, mayor que en el pasado, añadiendo que buena parte de las grandes infraestructuras y equipamientos colectivos de los que hoy disfrutamos en las sociedades occidentales —carreteras generales, aeropuertos, hospitales, escuelas...—, no podrían construirse hoy, siendo así que fueron realizados en una época anterior, económicamente mucho más austera.

Por último, la satisfacción presenta otra característica distintiva: la tolerancia que muestran los satisfechos respecto a las grandes diferencias de ingresos. «El coste de la prevención de cualquier ataque a la propia renta es la tolerancia de una mayor cuantía para otros».

3. «SATISFACCION» Y POLITICA ECONOMICA

En sociedades así conformadas, la política económica debe responder —para ser congruente— a los intereses de la ma-

yoría satisfecha. «La acomodación acreditada de la teoría económica a la satisfacción comienza con la fidelidad general a la doctrina... del laissez faire». La intervención del gobierno, —excepto en aquellas áreas ya mencionadas— es innecesaria y dañina en general. De esta manera, cuando el sistema capitalista se enfrenta cíclicamente —por su tendencia intrínseca a la inestabilidad— con la recesión o la depresión, de entre las alternativas principales para hacerles frente, política fiscal, política monetaria y una política que incida en los salarios y otros costes que presionen al alza los precios, la alternativa que se adapta claramente mejor a la cultura de la satisfacción es la política monetaria.

En efecto, la política fiscal que pretende incrementar o disminuir el flujo de gastos —la demanda efectiva— modificando la aportación del Estado al mismo, implica aumentar o disminuir el gasto público, aumentando o disminuyendo los impuestos, en función de la dimensión del endeudamiento deseado.

La política fiscal, acreditada en el análisis económico, choca de frente, no obstante, con la oposición a los impuestos, básica en la cultura del conformismo.

La vía de limitación directa de los costes, y en particular de los costes salariales, cuando éstos pueden forzar los precios al alza, es utilizada con carácter variable en los distintos países.

Pero el instrumento que realmente se acomoda a la cultura de la satisfacción es, sin duda alguna, la política monetaria. Esta, en esencia, pretende controlar la masa monetaria —la oferta de dinero en circulación— a través del control de los tipos de interés. «Una elevación de los tipos de interés disuade al consumidor de pedir dinero prestado y de invertir en la adquisición de viviendas y bienes de consumo duraderos, y se supone también que hace disminuir la inversión y el gasto relacionado de las empresas. Esto tiene como consecuencia un efecto restrictivo sobre el gasto total en la economía —sobre la demanda global— y en último término un control de la inflación». Reducir los tipos de interés, tendría el efecto inverso.

Por tanto, la opción por la política monetaria, lejos de ser neutra, responde al interés de esa mayoría electoral satisfecha, a quien preocupa más la inflación que el desempleo. Opción lógica, por otra parte, ya que los satisfechos trabajan, muchos incluso ahorran, y para otros muchos la renta procedente del pago de intereses a

sus depósitos, es una parte sustancial de sus ingresos. En Estados Unidos, en la década de los ochenta la renta personal procedente de pagos de intereses aumentó un 150%, mientras las rentas salariales lo hicieron un 97%.

4. MOVIMIENTOS MIGRATORIOS; PODER MILITAR

El discurso del profesor Galbraith se extiende al análisis de otros fenómenos sociales tales como las migraciones desde países de menor nivel de renta hacia los más avanzados tanto en Norteamérica como en Europa, señalando las previsibles consecuencias sociales de la existencia de importantes poblaciones inmigrantes de distintas procedencias, en las que crecientemente se van destacando las provenientes de continentes que padecen el subdesarrollo como Latinoamérica y África, y más recientemente Europa Central y del Este. En su opinión, sólo determinadas circunstancias históricas —comparación con la penuria previa y expectativa de ascenso social, hoy en día circunstancias atenuantes que han agotado su eficacia— han evitado hasta la fecha, que la demanda de respuesta a esos colectivos «ubicados físicamente» en el mundo desarrollado pero ausentes del mismo, no se haya expresado con la virulencia que las circunstancias objetivas de tales poblaciones hubieran podido sugerir.

En su interpretación de la «cultura de la satisfacción», John Kenneth Galbraith hace asimismo un interesante análisis de la influencia del moderno poder militar en las democracias occidentales avanzadas, subrayando el básicamente incuestionado papel que las mayorías satisfechas otorgan al mismo, incluso hacia futuro, una vez acaecido el desmoronamiento del sistema denominado del «socialismo real» y la propia desintegración de la antigua Unión Soviética, enemigos históricos del sistema de la satisfacción. Particular atención dedica Galbraith al carácter en buena medida autónomo de tal poder militar.

En la era de la satisfacción, la mayoría satisfecha no permitiría fácilmente que se perturbara la impresión de cómodo bienestar general. Por ello, más que los discursos de los políticos, que en opinión del economista norteamericano se limitarían a ofrecer interpretaciones actualizadas del interés de los satisfechos, yendo en ocasiones claramente a remolque de los acontecimientos —sólo tras la Gran Depresión de 1929 surge el New Deal de Roosevelt,

sólo por la presión de una creciente mayoría social se detuvo la guerra de Vietnam—. En opinión de Galbraith, la propia realidad se encargaría de ofrecer argumentos para una intervención sobre la visión acomodaticia y a corto plazo —dominante— a fin de enfrentar los más graves problemas que aquejan a las sociedades avanzadas.

5. SOBERANÍA POPULAR IMPERFECTA

La soberanía popular imperfecta, que Galbraith denomina «soberanía de la mayoría satisfecha», da lugar a un estado de cosas tal que sólo podría verse sustancialmente alterado por las siguientes circunstancias: la convocatoria seria y políticamente victoriosa a los no satisfechos —sobre cuya viabilidad Galbraith no aprecia razones que lleven a un excesivo optimismo—, la existencia de un desastre económico generalizado—posible pero no muy probable en su opinión—, una actuación militar a gran escala adversa asociada a un desastre internacional —cuestión sobre la que toda predicción es meramente especulativa—, y la irrupción de la subclase que se sitúa fuera del bienestar —ésta es considerada como más verosímil, si bien la reacción de la comunidad de la satisfacción ante la penuria de los no favorecidos podría paliar el carácter previsiblemente traumático de una tal irrupción—.

Desde Europa, existiría la tentación de entender que algunas de las observaciones del autor son mayormente válidas para los Estados Unidos de América que para las democracias europeas, pero en mi opinión ese sería un análisis erróneo. En efecto, si bien a este lado del Atlántico aún presumimos de una mayor cohesión social, no es menos cierto que la identidad básica de los procesos económicos y políticos en todo el mundo avanzado propicia una progresiva homogeneización de las diversas configuraciones sociales.

6. HACIA UNA ORIENTACION PUBLICA DE LA ECONOMIA

Ante tal descripción de las sociedades modernas desarrolladas, Galbraith propone como primer paso para proceder a la resolución de los problemas que estas sociedades tienen planteados «convenir en que la intervención del Estado es igual de importante y necesaria cuando sirve a los satisfechos que cuando sirve a los excluidos». Galbraith aboga por «una orientación pública» de la economía, que actúe

sustancialmente desde el presupuesto público, y no como a lo largo de la última década en los principales países capitalistas, básicamente a través de la política monetaria, «profundamente lesiva para la productividad industrial y la inversión a largo plazo».

La contención de la inflación se debería conseguir controlando no «el préstamo para la inversión productiva, sino... el consumo privado mediante presión fiscal y debería aplazarse el gasto público, cuando ello no fuese socialmente perjudicial».

Según John Kenneth Galbraith, en una época de recesión económica como la que estamos viviendo en los principios de esta década son muchos los argumentos a favor de una bajada de los tipos de interés, y el aumento del gasto público en infraestructuras y gasto social.

Pero ello se enfrenta con uno de los dogmas de la era de la satisfacción: «no son los cómodos los que recibirían la ayu-

da». Además el fantasma del previsible efecto impositivo del tal actuación pública sería inaceptable para la mayoría satisfecha, no obstante ser una fiscalidad progresiva el mejor instrumento para una redistribución de la renta.

A pesar del funcionamiento autodefensivo de la cultura de la satisfacción, la situación de las comunidades que no participan del bienestar es, en opinión de Galbraith, «el problema social más grave de la época, y... también la amenaza más grande a la paz y la convivencia civil a largo plazo».

La resolución de estos problemas sólo se puede abordar desde una activa intervención pública que discrimine en función de las situaciones de mayor necesidad.

El choque de tal intervención con lo que Galbraith ha denominado «cultura de la satisfacción», justifica el escepticismo de su pronóstico.

Ramón Barinaga Osinalde